

*Los libros que el mundo califica de inmorales  
son aquellos que muestran al mundo su vergüenza.*

Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*

La barriga de embarazo de mi prima Olga fue artificial durante los últimos tres meses. Mi mamá y la tía Carmen decidieron ocultar el nacimiento de mi primo segundo, Martín Pumarejo Corso, y, con ese propósito, escondieron al niño por varios meses en Bogotá y le incrustaron a Olga todas las mañanas dos almohadas en la barriga, para que aparentara que seguía encinta. La realidad era que Olga se había casado con tres meses de embarazo, y solo nos enteramos de su secreto el día del alumbramiento, que ocurrió en Bogotá, lo que hizo más fácil la discreción que la tía exigía. Desde el hospital llamó al tío Antonio, su esposo, y le dijo con un tono que controlaba su rabia, mientras yo observaba al pequeño Martín:

—Tranquilo que acá no ha pasado nada.

Olga llevaba cuatro años de noviazgo con Iván, un bogotano con ínfulas de costeño por dos razones: la primera, porque su padre era barranquillero, y la otra, porque había sido cadete de la Fuerza Naval, cuya base se encuentra en la ciudad de Cartagena. Conquistó a Olga cuando ella cursaba último año de bachillerato y él era cadete. Estábamos juntas el día en que se conocieron. Fue uno de esos domingos en que el régimen seminterno en el que vivían los cadetes les permitía salir. Nosotras caminábamos por la

bahía para ir a la misa de la tarde de la iglesia del Perpetuo Socorro, cuando un carro grande, azul oscuro, bajó la velocidad hasta quedar al paso nuestro. Adentro había tres hombres con pelo muy corto, flacos y bronceados. El que iba en el asiento del copiloto fue el más lanzado, y gritó:

—¿A dónde van? ¿Las llevamos?

Nosotras seguimos caminando, ignorándolos por completo y disfrutando el sabor de la miel de las flores de la planta de corales que habíamos arrancado unas cuadras antes. Aceleramos el paso hacia la iglesia y nos perdimos entre la muchedumbre que se aglutinaba para dar inicio a la ceremonia. Ellos parquearon el carro y se bajaron. Los tres vestían pantaloneta azul y camiseta blanca. Usaban chanclas. Ocultándonos entre la gente, pero de manera que los pudiéramos observar, Olga y yo los detallamos a la distancia.

—No están feos —afirmé.

—Para nada. Están flacos, pero no escuálidos. Parecen de la Armada —dijo Olga.

—Deben ser de la Armada. ¿No ves que están uniformados?

—Pues no. Los veo en pantaloneta y camiseta. No con uniforme.

—Olga, por favor, eso también es uniforme. Seguramente estás pensando en el uniforme de gala, que es el que usan en ocasiones especiales, el que es todo blanco. Pero ellos permanecen en uniforme. Eso es como un internado. Además, no tienen más ropa sino la que les dan ahí —dije en tono despreciativo.

—¿Cómo así?, ¿los que vienen a la Armada son pobres?

—Sí, y cachacos —respondí, y agregué—: mi papá dice que sólo con ese disfraz los hombres del interior se ven decentes en la Costa. ¿Has notado cómo se visten cuando

vienen acá? Van al mar con medias y sandalias, usan todo tipo de colores imitando el arcoíris; las camisas parece que les quedaran chiquitas, les gusta forrarse la barriga. ¿Has visto las telas que usan? No conocen el algodón, ni mucho menos el hilo. Usan una tela que desde lejos se nota que pica, parece jersey. ¿Sabes por qué los roban siempre?

—No, ¿por qué? —preguntó Olga.

—Porque siempre se cuelgan en el cuello ese tubito con pita blanca, en donde todos, incluidos los ladrones, saben que se guardan los billetes.

—Sí, es que son muy brutos.

—Peor, como dice papá: cachaco, palomo y gato: tres animales ingratos.

La conversación sobre los cachacos nos desvió del tema de los tres hombres que nos habían seguido hasta la misa, y se nos perdieron de vista. Al mismo tiempo, fueron llegando a la iglesia nuestros amigos cartageneros, con quienes nos sentamos en la parte de atrás para poder observar las pintas del domingo. Todos estábamos recién bañados. Este ritual de domingo iniciaba a los catorce años, edad en la que ya nos dejaban salir solas a las mujeres cartageneras y en la que a los hombres les prestaban el carro para salir. El plan era, después de misa, montarnos en el carro de los amigos con los que habíamos crecido, dar unas vueltas por la ciudad y terminar en el Club Cartagena comiendo pizza. A las diez de la noche, a más tardar, regresábamos a casa.

Desde ese día, la monótona rutina del domingo de Olga y mía comenzó a verse interrumpida por la presencia de Iván y sus dos amigos. La tercera vez que intuimos que los íbamos a volver a ver, salimos un poco más temprano de mi casa, buscando establecer de dónde venía la nave azul en la que se movilizaban. Observamos que salía del Club Naval

que quedaba a pocas cuadras de mi casa, también sobre la bahía, así que no estábamos equivocadas: estos hombres eran de la Armada Nacional. Como habíamos perdido tiempo investigando a Iván y sus amigos, caminamos más rápido para llegar a la iglesia antes de que comenzara la misa, para evitar que cualquiera les dijera a nuestros padres que habíamos llegado tarde y que quién sabe en qué andanzas estaríamos. Ese domingo Iván se bajó del carro y caminó al lado nuestro.

—¿Las podemos invitar a comer después de misa? —preguntó, con un marcado acento que delataba su procedencia del interior del país.

—Tenemos que llegar a misa a tiempo, vamos tarde —dije.

—Pero ¿podemos vernos después? —insistió, luego de presentarse con un “mucho gusto, me llamo Iván Pumarejo”, y de extender la mano para saludarnos.

Olga miraba al suelo como si estuviera siguiéndole el rastro a algo o a alguien, así que era yo quien sostenía la conversación con Iván, quien derrochaba seguridad.

—¿En qué quedamos entonces? —dijo Iván.

—Cuadremos para el próximo fin de semana. Ustedes sólo salen los domingos, ¿cierto? —pregunté con tono de superioridad, para tratar de competir con su derroche.

—Sí —replicó con firmeza, sin dejarse intimidar—. También las podemos invitar antes al Club Naval, venden unos langostinos deliciosos.

—Mejor no quedemos en nada —dije—, salvo en que dejas de seguirnos los domingos y en que tú y tus amigos nos dejan ir a misa tranquilas.

Antes de cruzar la calle para llegar a una zona más iluminada, a metros de la iglesia, Olga salió del ensimismamiento en que parecía encontrarse y se dirigió a Iván:

—Próximo domingo a las 2:45 p.m. en la puerta de atrás del Club Naval, al final de la 14, como si fueras para la playa de Castillo. No la que da a la bahía, sino la de atrás. ¿Sabes cuál es? —preguntó Olga.

Mientras Iván daba un sí con un movimiento de cabeza, Olga finiquitó el encuentro y el diálogo:

—Si no están a las dos y cuarenta y cinco en punto, nos vamos —dijo. Me tomó la mano y, sin mirar si quiera si venían carros, cruzamos la calle para llegar a la misa de seis de la tarde.

El sermón del cura nunca fue objeto de atención de nosotros los jóvenes, y creo que tampoco lo era de los mayores. Pero esta vez era más notoria la ausencia de concentración en el recinto, a tal punto que tanto a Olga como a mí se nos pasó el momento de comulgar, y cuando nos dimos cuenta, para alcanzar a hacerlo nos hubiera tocado correr por todo el pasillo central, pues sólo quedaban cinco personas en la cola. Con la mirada nos dijimos “es peor correr, que aguantarnos el interrogatorio de nuestras mamás por no haber comulgado”.

El momento de la comunión en esta misa del domingo era un desfile de modas que incluía tres pasarelas y dos tipos de modelos: los viejos y los jóvenes. No sólo éramos las mujeres las que nos sometíamos al juicio crítico de los observadores, también lo hacían los hombres, aunque su machismo los obligaba a negar que los domingos se vestían para el escrutinio de la iglesia. Las pasarelas eran dos laterales y una central. Esta última era la más concurrida.

Según la época del año, como si en la costa Caribe tuviéramos estaciones, primaban los tonos oscuros o los pasteles. Tanto mamá como la tía coincidían en que los colores vivos no eran elegantes, y al parecer eso también opinaba

la mayoría de quienes iban a esa misa. La crítica de la vestimenta era acompañada por el vituperio silencioso contra quienes se abstenían de poner un pie en la pasarela, que finalizaba con el encuentro con Jesús a través de la comunión. Recuerdo las conversaciones de Simona y Carmen: “Zutano no comulgó, vaya Dios a saber con quién se está acostando, pobre Fulana, toda la vida víctima de ese tipo. ¿Y viste al hijo? Va exactamente por el mismo camino, tampoco comulgó”. Olga y yo no tendríamos escapatoria. El lunes a primera hora, en el desayuno, iniciaría el cuestionamiento, para el que debíamos tener una versión unificada de la mentira, pues no podríamos decir que nos elevamos con el pensamiento porque unos cachacos que nos seguían desde hacía tres domingos nos pusieron conversación y nosotras no sólo accedimos a contestarles, sino que nos encontraríamos con ellos el domingo siguiente. Decidimos no ir al club y regresarnos caminando para fabricar la mejor versión. Esa misma noche solucionamos el asunto achacándole la responsabilidad a un cólico insoportable, culpable de que nos hubiéramos quedado atrás en la iglesia, sin podernos mover.

Maquinamos toda la semana lo que íbamos a decir para poder encontrarnos con los cadetes en el Club Naval. Hasta este momento, lo que más nos atraía de la situación no eran ellos, sino la aventura de desobedecer a nuestras familias de cabo a rabo. Salir con cachacos, además de la Armada, y asistir al Club Naval, eran tres hechos inadmisibles para Olga o para mí. Nuestro destino, de acuerdo con la usanza, debía estar amarrado a un cartagenero, de apellidos con abolengo y socio del Club Cartagena. Pero nada de esto sería lo que nos depararía el futuro ni a mí ni a mi prima Olga.

Mi familia era una de esas que se autodenominan tradicionales, lo que implicaba seguir ciertas costumbres que buscan perpetuarse para dizque vivir en armonía: mentir, aparentar, engañar y, sobre todo, regirse por el qué dirán. “El qué dirán” era un protagonista con vida propia en la sociedad caribeña en la que crecí. Deambulaba por doquier, como un fantasma al que todos temían, pero del que nadie conocía su cara. Qué dirán si sales con Fulano, qué dirán si miras a Zutana, qué dirán si por la noche te encuentran sola en tal lado, qué dirán cuando te vean ese escote pronunciado, esa falda corta, esos kilos de más, esa flacura extrema, qué dirán, qué dirán, que dirán... Nadie procuraba cuestionar los “qué dirían”, pero era claro que el peso de su juicio recaía fuertemente sobre nosotras, las mujeres.

Simona, mi mamá, es una mujer de ojos verdes almenrados que, por lo general, se encuentra por debajo de su peso y que esperaba que yo imitara sus dietas y ejercicios ya que, según ella, las flacas se ven más elegantes. “Nunca una mujer está demasiado flaca”, insistía. El sube y baja emocional al que mi mamá me sometió desde que era niña se reflejaba en mi peso.

Cuando Simona estaba preocupada lidiando con las infidelidades de Giovanni, mi papá, me veía más gorda y me prohibía carbohidratos y dulces. Alguna vez, en uno de esos ataques, me dijo que podía tener genes de vaca porque sólo comía pasto y aun así estaba gorda. En otra ocasión, propuso hacerme una colonoscopia cuando tenía doce años, para que me arrancara todas las toxinas que no me permitían bajar de peso. La doctora la detuvo diciéndole que ese procedimiento sólo era recomendable después de los cuarenta y cinco. Yo siempre me vi gorda porque mi punto de referencia era ella, quien dejaba de comer automáticamente a causa

de sus preocupaciones, que en realidad consistían en una sola cosa: cuidarle el pene a Giovanni. Él era un cartagenero de pura cepa, como decía él, quien, según Simona, se jactaba frente a sus amigos, asegurando que él tenía su catedral, pero también varias parroquias, en clara alusión a mi mamá y a sus supuestas amantes. Él presumía de no tocar a las mujeres ni con el pétalo de una rosa, cuestión que era cierta, pero Simona insistía en que el maltrato venía por otro lado.

Parecía que las infidelidades formaban parte de la tradición aquella en la que estábamos obligados a vivir, como si la hombría se midiera no por la capacidad de ser un buen padre de familia, o un compañero constante para su mujer, o un tipo fiel, sino por el número de mujeres que se tuviera por fuera de casa; eso sí, siempre y cuando se mantuviera intacto el hogar aprobado por la sociedad.

La infidelidad compulsiva, que a mi modo de ver no es más que un acto de inseguridad machista, era vista, según Simona, no sólo como algo normal, sino como una acción fundamental para recibir el aplauso de los demás hombres, quienes realizaban competencias y pruebas para establecer quién era el más macho. Para Simona, las mujeres que debían soportar esta primitiva competencia eran de tres tipos: las que luchaban contra la tradición, las que la aceptaban y las que se proclamaban ignorantes frente a los actos del esposo. Simona era del primer tipo, y su hermana Carmen, del tercero.

Papá no era el hombre más atractivo de Cartagena. Era alto, trigueño, ojos marrones, cejas pobladas. No era flaco, no era gordo, no era feo, no era bonito. Lo que producía fascinación en las mujeres era su sonrisa, cuya sensualidad parecía estudiada. Era en exceso vanidoso con todo, y con sus dientes tenía un cuidado extraordinario. Además, por-



taba la chispa de la cultura caribe a flor de piel: entrador, dicharachero e impecable en su vestir. Siempre de lino bien planchado y almidonado. Usaba un agua de colonia enfrascada en un enorme botellón, cuya fragancia me encantó desde niña. Él me regalaba unas gotitas antes de irse a trabajar, en un ritual matutino que repetíamos con disciplina:

—Magdalenita, tráeme la María Farina —decía cuando ya estaba listo para salir.

Yo le llevaba el frasco, que siempre estaba del lado izquierdo de su lavamanos. Él echaba la colonia en sus manos, las pasaba por su cara y cuello, luego sostenía el frasco inclinado para que yo pudiera untar mis manos y repetir la acción.

—No existe baño completo sin loción —aseguraba.

Ese olor yo lo sentía intacto por las noches, cuando regresaba a la casa y parecía recién bañado, y así se lo decía Simona:

—Me crees pendeja. No me voy a comer el cuento de que llegas fresquito de la ducha de tu oficina o de una reunión de negocios. Eso fue en los primeros años, Giovanni, pero ya esa época pasó. ¿Dónde carajos estabas? —gritaba Simona.

—Simona, ya te dije, si no me quieres creer es tu problema. Por favor baja la voz que vas a despertar a todos los vecinos —decía Giovanni, casi siempre con voz calmada.

—Me importan un carajo los vecinos, este es un país libre y yo puedo gritar lo que quiera —replicaba Simona.

Yo, al escuchar esas peloterías nocturnas, buscaba refugio donde Ango, o trataba de dormirme en mi cuarto bajo el arrullo del sonido del aire acondicionado que opacaba los gritos de Simona, cuya habitación quedaba a pocos pasos de la mía.